

“malos quedaron muy bien aderezados.” (1) La jornada había costado varios muertos y muchos heridos. (2)

La noche se pasó en gran vigilancia, con copia de escuchas, velas y rondas, colocando destacamentos en los lugares por donde podía presentarse el contrario. En efecto, las canoas descubiertas por la tarde, llegaron á remo callado hasta un desembarcadero defendido por Bernal Díaz con ciertos castellanos y aliados; sentidas por los blancos, fueron rechazadas á pedradas: de nuevo se acercaron á sorprender el puesto; mas sentidos otra vez, las canoas fueron á dejar sus guerreros á lugar distante. Dióse parte del suceso al general, quien ocurrió al aviso, quedando contento de la calidad y vigilancia de la guardia. El resto de la noche se pasó en aderezar las municiones: acabada la pólvora se hicieron inútiles los arcabuces; agotadas las saetas para las ballestas, Pedro Barba con todos los de su compañía se dieron prisa en emplumar y poner casquillos á los ástiles, para lo cual traían almacen, contando con cinco cargas de casquillos de cobre labrados por los indios. (3)

Aquel firme y constante pelear se debía al aliento de Cuauhtemoc y al de los reyes Coanacohtzin y Tetelepanquetzaltzin. A la noticia de la toma de Xochimilco, el emperador azteca reunió á los guerreros; hizoles presente el peligro de la patria, las ofensas recibidas por los dioses de los blancos, el deber de combatir hasta la muerte sin amedrentarse, pues si las armas llegaran á hacer falta, quedarían las uñas para despedazar á los enemigos. (4) La denodada ciudad azteca, entregada sin titubear al sacrificio de la causa comun, se armó poniéndose en campaña resuelta á recobrar la perdida ciudad. A falta de mejor enseñanza, Cuauhtemoc seguía la del bravo Cuiclahuac; combatir, combatir sin tregua; sin mirar á las pérdidas, que al cabo el enemigo debería sucumbir al cansancio y á sus propias victorias.

Al día siguiente (martes diez y seis), subido Cortés á lo alto del teocalli, registró la posición guardada por los culhua: por el lago se

(1) Cartas de Relac. pág. 226.—Bernal Díaz, cap. CXLV.

(2) Clavijero, tom. 2, pág. 148.—“No hay duda que en esta, y otras ocasiones pudo Cortés fácilmente morir á manos de sus enemigos, si no hubieran tenido estos la insensata presunción de cogerlo vivo para sacrificarlo á los dioses.”

(3) Bernal Díaz, cap. CXLV.

(4) Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII.—Herrera, déc. II, lib. I, cap. XII.

descubrían dos mil canoas conduciendo doce mil guerreros, destinados á tomar la ciudad por el agua; en el campo se distinguían grandes escuadrones, sus capitanes puestos á la cabeza empuñando las brillantes espadas de acero, arrojando sus gritos guerreros, tocando sus instrumentos músicos y apellidando México, México, Tenochtitlan, Tenochtitlan. D. Hernando al frente de veinte jinetes y un buen cuerpo de tlaxcalteca salió contra los del llano, dividió su fuerza en tres fracciones, dió sus órdenes á los capitanes y se trabó la pelea. Aunque decididos y valientes los tenochea, después de pelear un rato, no pudiendo resistir los continuados choques de la caballería se pusieron en desorden y en huida: un cuerpo encastillado en una altura fué flanqueado, perdiendo la posición con gran daño: las otras divisiones barrieron delante de sí los demás escuadrones, así que á eso de las diez los culhua estaban lejos, tornando el ejército aliado á entrar en Xochimilco. Supieron entonces que la ciudad había estado en grande aprieto; mientras los de tierra peleaban, los guerreros de las canoas asaltaron las calles, siendo preciso para rechazarlos grandes esfuerzos, no sin mucho daño de aquellos y alguno suyo. Trofeos de aquella victoria fueron dos espadas quitadas á los capitanes méxica. “Y estando en esto, ántes que nos apeásemos, asomaron por una calzada muy ancha, un gran escuadron de los enemigos con muy grandes alaridos. E de presto arre- metimos á ellos, y como de la una parte y de la otra de la calzada era todo agua, lanzáronse en ella: y así los desbaratamos, y recogida la gente volvimos á la ciudad bien cansados, y mandéla quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados.” (1)

A corta distancia de la ciudad había unas casas llenas de buenas ropas, plumería y joyas de oro, á las cuales podía irse por una calzada; avisaron de ellas unos prisioneros xochimilca, é inmediatamente algunos castellanos y tlaxcalteca fueron y volvieron con cargas de aquellos despojos; divulgada la nueva en el real, cuantos quisieron tomaron el camino, tornándose cargados á satisfacción. Ocupados estaban en aquel saqueo, cuando de improviso se presentaron los méxica sobre el lago, caen sobre los merodeadores, hieren á muchos, toman varios prisioneros, entre ellos á Juan de Lara, Alonso Hernández y otros dos españoles de la capitania de Andrés

(1) Cartas de Relac. pág. 228.

de Monjaraz, y se retiran triunfantes á Tenochtitlan. Los cautivos indios tlaxcalteca y aculhua fuéron sacrificados ante el feroz Huitzilopochtli: de los cuatro castellanos se informó Cuauhtemoc acerca del número y estado de los invasores, sacrificándolos después á los dioses. Cortados piés y brazos de las víctimas, diversos mensajeros los llevaron por los pueblos amigos de los blancos diciéndoles, que la misma suerte sufrirían todos los extranjeros ántes de poder regresar á Texcoco. (1)

El día inmediato (miércoles diez y siete), los culhua se presentaron aún por el lago y en la llanura, traseurriendo la jornada en continuo batallar. "Y así estuvimos en esta ciudad tres días, que en ninguno de ellos dejamos de pelear: y al cabo dejándola toda quemada y asolada nos partimos; y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto, y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien notables de esta ciudad." (2)

Siendo tan inútil cuanto peligroso permanecer por más tiempo en la destruida ciudad, resolvieron abandonarla (juéves diez y ocho). Cortés reunió sus tropas en la plaza del mercado, á corta distancia de las ruinas, con intento de organizar la marcha; notó que los soldados llevaban grandes despojos y si bien cada uno no les llevaba encima sino que los cargaban los indios, les dijo cuantos peligros les aguardaban en el camino, por lo cual le parecía bien, y aun así lo mandaba, abandonasen el fardaje y hatos para que así estuviesen expeditos para pelear; oído el mandato, todos á una voz contestaron, sería vergüenza abandonar lo que habían tomado, y que mediante Dios ellos eran bastante hombres para defender su hacienda, sus personas y la de él: el general no replicó, que ya ninguno se acordaba de las ordenanzas. La mitad de la caballería tomó la delantera, pusieron en medio el fardaje y los heridos, en la retaguardia lugar de más peligro el resto de la caballería con los ballesteros; en cuanto á los peones y los amigos fueron distribuidos competentemente. Apenas puestos en marcha cargaron sobre la rezaga los escuadrones xochimilca y culhua, creyendo "que de miedo no los osábamos esperar, como ello fué verdad," hirieron varios

(1) Bernal Díaz cap. CXLV.

(2) Cartas de Relac. pag. 228.

castellanos, dos de los cuales murieron de ahí á ocho días. En balde D. Hernando cargaba con la caballería y los aliados, pues si algunos escuadrones desaparecían, otros se presentaban de nuevo en lugares donde pudieran hacer daño sin recibirle: en esta porfía perseveraron hasta las diez de la mañana en que el ejército entró en Coyohuacan. (1) La ciudad estaba abandonada: los blancos se aposentaron en la casa del señor, empleando el día en curar los heridos y disponer saetas para las ballestas. (2)

En aquella ciudad, entónces muy considerable, comenzaba el ramal que uniéndose con el de Iztapalapan en el fuerte de Xoloc, formaban la calzada meridional de México. Importaba mucho al general reconocer aquella entrada para sus futuras determinaciones, por lo cual con cinco de caballo, doscientos peones y los aliados, penetró resueltamente por aquella vía (viernes diez y nueve); detenido por la primera albarrada la combatió hasta ganarla, no sin encontrar brava resistencia y contar diez castellanos heridos. Sin proseguir adelante paróse á examinar el terreno, al frente continuaba la calzada hasta Tenochitlan, distinguiéndose al costado derecho el ramal de Iztapalapan, cuyos dos caminos á la sazón estaban cubiertos de gente: veíanse en las márgenes de los lagos ó entre las aguas, Culhuacan, Huitzilopochco (Churubusco), Cuitlahuac (Tlahua), Mixquic y algunas otras. Formado juicio tornó á la ciudad, la cual fué saqueada, entregando al fuego las casas y los teocalli. (3) Los méxica no se presentaron á pelear en aquel lugar; se comprende que Cuauhtemoc había replegado sus guerreros á la ciudad, teniéndolos listos para resistir un ataque, conforme había tenido lugar en la anterior expedición.

Luego que los castellanos abandonaron á Coyohuacan (sábado veinte), los méxica se presentaron inquietando la marcha; eran tropas ligeras que ya caían sobre el fardaje, ya sobre los flancos de la columna, y que al ser seriamente perseguidas se amparaban en las acequias y en los fangales. En una de tantas acometidas D. Hernando puso una celada á los importunos flanqueadores, apartándose al efecto con diez jinetes y cuatro mozos de espuelas; los tenoch-

(1) Quedaba entónces á orilla del lago; su nombre actual es Cuyoacan.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLV.—Cartas de Relac. pag. 228.

(3) Cartas de Relac. pag. 229.

ca cayeron en la emboscada, hicieron rostro breve tiempo y se pusieron en huida; persiguióles el general; mas cuando ménos cató cayó en la celada que los indios le tenían puesta á su vez; aunque muy bien peleó, así como los suyos, heridos hombres y caballos tuvo al fin que huir, evitando ser muerto ó cojido prisionero. Dejó vivos en poder de los vencedores á los dos mozos Francisco Martín Vendabal y Pedro Gallego, quienes fueron conducidos á México y sacrificados al dios de la guerra. (1)

El ejército había entrado en Tlacopan desde las nueve de la mañana. Mirando que Cortés no parecía, salieron en su busca Pedro de Alvarado, Olid, y Andrés de Tapia, con algunos jinetes y peones, dirigiéndose á los esteros por donde le habían visto apartarse; á poco encontraron á los dos mozos salvados Monroy y Tomás de Rijoies, y en seguida al general quien "venía muy triste y como lloroso." Regocijados con verle salvo, dieron la vuelta á Tlacopan. La ciudad era entónces un monton de ahumados escombros, pues sabemos que en la visita anterior había sido incendiada y destruida. Subiéronse algunos capitanes al teocalli, en compañía de Julian de Alderete y el padre Melgarejo; veíanse desde ahí la ciudad y los lagos, con las canoas cruzando las aguas en todas direcciones, despertando en los espectadores los más extraños sentimientos: Cortés miraba triste y con ojos codiciosos: "y en este instante "suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que "de antes traía, por los hombres que le mataron antes que en el "alto en se subiese; y desde entónces dijeron un cantar ó romance:

"En Tacuba está Cortés

"Con su escuadron esforzado,

"Triste estaba y muy penoso,

"Triste y con gran cuidado,

"La una mano en la mejilla

"Y la otra en el costado, etc.

"Acuérdome que entónces le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Pérez, que despues de ganada la Nueva España a "fué fiscal é vecino en México: Señor capitan, no esté vuestra mer-

(1) Cartas de Relac. pág. 230.—Bernal Díaz, cap. CXLV.

"ced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no "se dirá por vuestra merced:

"Mira Nero, de Tarpeya,

"A Roma como se ardia."

"Y Cortés le dijo que ya veía cuantas veces se había enviado á "México á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenía por sólo una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de ver hasta tornar á señorear, y que con la ayuda de Dios "prestó lo poríamos por la obra." (1)

Multitud de soldados estaban heridos, faltaba pólvora para los arcabuces y saetas para las ballestas, no había abrigo en el lugar y la proximidad de México hacia probable un asalto; todas estas causas reunidas precisaron dejar á Tlacopan dos horas despues de haber entrado. Tomaron hacia el Norte: luego que salieron al camino se presentaron los infatigables méxica; enardecido Cortés con lo pasado en la mañana, puso nueva celada con veinte de á caballo, teniendo tan buena fortuna que logró matar más de ciento de los incómodos tiradores. Perseguido todavía el ejército, aunque de léjos, atravesó por Azcapotzalco entónces despoblado, siguió por Tenayocan tambien abandonado por los moradores, rindiendo la jornada en el desierto pueblo de Cuauhtitlan. (2) Toda la tarde habia llovido, por lo cual los soldados iban cansados, calados por el agua, y no tuvieron buen abrigo, pues escasearon los víveres y hubo falta de leña.

Siendo la intencion dar la vuelta en torno de los lagos, siguióse siempre la direccion hácia el Norte (domingo veintiuno); durante la noche la lluvia había sido continua, determinando que los caminos estuvieran cubiertos de lodo: á esta causa, ó más bien por la distancia interpuesta, los méxica se presentaron en corto número, y fueron sin esfuerzo ahuyentados. Rindióse la jornada en Citlaltepec, á la orilla boreal del lago de Tzompango (Zumpango actual),

(1) Bernal Díaz, cap. CXLV.

(2) Cortés, Cartas de Relac. pág. 231, confunde el nombre de la poblacion escribiendo C oatinchan: Bernal Díaz se acerca más á la verdad nombrándole Guatitlan.

ciudad desierta por la huida de los habitantes. Ahí descansaron y secaron sus ropas, si bien no se encontró buena cena. (1)

Al día siguiente (lunes veintidos), se efectuó la marcha sin contratiempo por comarcas sujetas á Texcoco, alcanzando la ciudad de Acolman á las doce del día. Ya eran llegados de la Vera Cruz los voluntarios venidos en las embarcaciones de que hemos hecho mención, de manera que algunos de ellos pasaron á Acolman á visitar al general, acompañados de Gonzalo de Sandoval; diéronse recíprocamente la bienvenida, holgándose mucho los castellanos de la vuelta de D. Hernando, pues desde su ida no habían tenido la menor noticia suya. Estaba logrado ampliamente el objeto de Cortés; quedaban reconocidos los alrededores de los lagos; la ciudad de México sólo extendía ya su imperio hasta las márgenes de las lagunas; el paso del conquistador lo señalaban las ciudades incendiadas y un reguero de sangre.

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII. Cortés trastorna el nombre del pueblo diciéndole Gilotepec: Bernal Díaz olvidó el nombre de la localidad.

## CAPITULO V.

### CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

*Diego Velázquez.—Diferencias entre Velázquez y D. Hernando.—Cristóbal de Tapia nombrado gobernador.—Conjuración de Antonio de Villafañá.—Su proceso y muerte.—Chinantla.—Bótanse al agua los bergantines.—Alarde.—Sondeo en el lago.—Conferencia entre Cuauhtemoc y Cortés.—Reunión de los aliados.—Preparativos de Cuauhtemoc.—Distribución de las fuerzas para comenzar el asedio de Tenochtitlan.—Ejecución de Xicotencatl.*

**III** calli 1521. Nuestras acciones, buenas ó malas, influyen en nuestro porvenir, preparando ciertos acontecimientos, á veces de contento y agrado, á veces de amarguras y pesares: decimoslo, porque hacía este tiempo se preparaban en España los sinsabores que más tarde debían acibarar la vida de D. Hernando. Sabido por Diego Velázquez el mal suceso de la armada de Pánfilo de Narvaez, reunió gente en la isla de Cuba, aparejó siete ú ocho naves y poniéndose al frente de la expedición se hizo á la vela para la Nueva España, con intento de castigar á Cortés y quitarle la tie-